

EL DERECHO

Órgano Oficial

de la Academia Mexicana de Jurisprudencia y Legislación, correspondiente de la Real de Madrid

—TERCERA EPOCA.—

Semanario de Jurisprudencia, Legislación, Economía Política y Ciencias Sociales.

S'il n'y avait pas de justice

il n'y aurait ni gouvernement ni société.

EDOUARD LABOULAYE.

TOMO IV.

MEXICO, 8 DE JUNIO DE 1893.

NUM. 31.

ALEGATO

PRESENTADO POR EL SR. LIC. MANUEL LOMBARDO AL JUEZ 5.º DE LO CIVIL, EN EL JUICIO DE DIVORCIO ENTRE EL SR. IGNACIO ILLANES Y LA SEÑORA HIDALGO DE ILLANES.

(CONTINÚA.)

Esta testigo tiene todavía un hecho bien remarcable, por cierto, que necesitamos analizar. La interroga la Sra. Hidalgo en la pregunta 27.ª del interrogatorio directo si ella tenía la costumbre de arrimar las camas de sus hijos Salvador y Elena á los lados del lecho de la misma Sra. Hidalgo, y la testigo responde, "que ignora lo que se le pregunta."

Mucho llama la atención que la testigo que era la recamarera de la casa y la persona que por sus ocupaciones debía arrimar ó ver arrimar las camas de los niños Salvador y Elena Illanes al lecho de la Sra. Hidalgo ignore este suceso, que entraba en el cumplimiento de sus obligaciones; y conozca la conseja de la pistola que viene á producir en su declaración.

Una testigo de esta especie, no debe creerse en manera alguna y si en el dicho de la Domínguez se apoyara la demanda de injurias graves; indudablemente Señor, los derechos de la parte contraria debían extinguirse por completo.

La testigo Concepción Lozano señala otras injurias proferidas por mi cliente á la parte contraria; consistentes en decirle que: "Era una mala mujer" "Que tenía un amante" y "Que cómo le había ido con su escobillón."

Supongo que esta última palabra se refería á Don Rafael Icaza; y esto lo más que puede decir es que el Señor Illanes le puso un mote

á Don Rafael Icaza cuyos derechos no están al cargo, ni á la defensa de la parte contraria.

Respecto á las palabras "Mala mujer," y "Tienes un amante," muchas explicaciones podré dar para sincerar la conducta del Sr. Illanes, pues, además de ser producidas estas declaraciones por testigos esencialmente parciales, en contra de mi cliente, como lo prueba el complot que formaban para pegarle en el caso de que tuviera una disputa con su Señora se encuentran en completa contradicción ellos mismos; y con la misma parte demandante.

Así es, en efecto, Francisco Villegas al contestar la 13.ª de las preguntas del interrogatorio directo, dice: "que no pudo oír las palabras que se cruzaban entre los esposos" "Illanes, porque cuando entraba al comedor" "ellos se callaban; y volvían á alzar la voz" "cuando él se separaba de aquella pieza."

Esta declaración está en contradicción con la que rinde Concepción Lozano diciendo, que el Sr. Illanes insultaba á su esposa con las palabras "Eres una mala mujer," "Tienes un amante" y "Qué tal te fué de escobillón."

Mas se aproxima á la declaración anterior la rendida por Apolinar Cuendia que sostiene, que las injurias fueron, "Tienes un amante como un tal...." "Dame dinero;" y con la de la Galván que dice; que las injurias eran: "Eres una indecente," "porque no me das dinero."

Guadalupe Jandete refiere, que presencié las injurias hechas por el Sr. Illanes á su Señora y que estas fueron, "Como un tal...." "Dame dinero," metiéndole las manos en la cara.

Del grupo de testigos que venimos examinando y cuyo número llega á siete, encontramos en primer término, que Francisco Ville-

gas no determina los insultos que el Sr. Illanes haya inferido á su esposa la Sra. Hidalgo, no pudiéndose por esta causa precisar, si estos eran graves ó leves, ni mucho menos fundar en ellos la queja de divorcio, porque la ley requiere perfecto conocimiento de que las injurias sean graves, para poder apoyar en ellas la demanda de divorcio.

Bonifacio Ataide se refiere al dicho de Concepción Lozano quien le aseguró que el Señor le hablaba récio á la Señora; palabras que están desnudas de fundamento para apoyar así mismo la queja de divorcio.

Adela Domínguez refiere un hecho extraordinario alusivo al suceso de la pistola; y agrega que el Sr. Illanes dijo á su Señora, "Que" "era una mala mujer" y "Que tenía que ver con el Sr. Icaza."

Concepción Lozano dice, que los insultos consistían en decirle á la Sra. Hidalgo "Eres" "una mala mujer" "Tienes un amante," y con la circunstancia especial de referirse al criado Francisco Villegas, quien ha dicho que no escuchó los insultos que se cruzaban entre sí los esposos Illanes.

Guadalupe Jandete y el criado Apolinar Cuendia manifiestan, que las injurias fueron "Como un tal..." "Dame dinero" y la Galván, "Eres una indecente," "Porque no me das dinero."

De todo este grupo de testigos, venimos á inferir, que las injurias fueron, "Mala mujer," "Tienes un amante," "Como un tal..." "Dame dinero" y "Eres una indecente," "porque no me das dinero."

En que esfera debemos colocar estas injurias para calificar si ellas son graves ó leves, y así inferir con recto juicio, la justicia ó la injusticia con que se litiga en este pleito, por la parte contraria.

Sin temor de equivocarnos, las podremos admitir entre las leves, porque ésto lo dice la doctrina y la ley que voy á citar.

Morin en su diccionario de legislación penal párrafo 12, después de enseñar como condición especial de la gravedad de la injuria, el que se impute un vicio determinado, previene que las palabras de que los hombres hacen ordinariamente uso en un momento de disgusto, son injurias leves y su texto es así: "De la misma" "manera no puede haber imputación injurio-" "sa grave en la expresión de polizón, emplea-" "da en un café, ni las expresiones de canalla," "brigante y otras análogas, ni en estas pala-" "bras. Ved al más gran canalla del país,"

"aplicadas á una persona notable, á menos de" que el juez juzge que la calificación viene á" "ciertas alusiones de un hecho conocido, y," "con las cuáles se ha querido calificar un vi-" "cio usando de aquella expresión injuriosa "

"La ley 20, tit. 9.º de la Partida 7.ª, di-" "vide las injurias graves en cuatro clases: Pri-" "mera, "las que se hacen por medio de una" "arma: Segunda, "las que se ejecutan en de-" "terminada parte del cuerpo que reputamos" "noble: Tercera, "cuando se hace en un lugar" "público; y Cuarta, "cuando se verifica por-" "medio de canciones ó libelos infamatorios."

En ninguna de estas condiciones están las injurias que los criados suponen haber profesado el Sr. Illanes á su esposa, pero además de consignar la protesta más solemne en contra de estos hechos, que no cuadran ni á la educación de mi cliente, ni á las atenciones que guardó á su esposa pendiente el matrimonio; el calor con que han hablado los testigos, la circunstancia de haberse colocado por Icaza en la casa conyugal, cuando el matrimonio Illanes regresó de Europa; hacen insostenibles los hechos que con los testigos se quieren justificar.

Dije también, que los testigos están en contradicción con la misma parte que los produce, pues al contestar la repregunta 23.ª, manifiestan que la Señora se callaba cuando recibía insultos del Sr. Illanes, y la misma Señora al contestar las primeras posiciones marcadas con los números 58ª y 59.ª, asegura que cuando era insultada por su marido le contestaba que él "No decía más que estupideces" y "Que era un flojo."

Estas respuestas Señor, nos conducen á desvirtuar por otro capítulo la causa de divorcio establecida por injurias graves por la parte actora, pues si el decirle á una mujer "Que es mala" y "Que tiene un amante" la perjudica en su honra y se reputa de contrario como injuria grave; el llamarle á un abogado "Estúpido," y "Flojo" es también injuria grave, pues con ello se sacrifica su reputación y no habrá Señor, persona que llegue á confiar á su dirección, cualesquier negocio por insignificante que sea el interés que en él se llegue á ventilar.

La reciprocidad de las injurias les quita á ellas su fuerza, y así lo establece el mismo Morin en el lugar que he citado por medio del texto que á continuación paso á copiar. "Más" "la reciprocidad de las injurias autoriza una" "especie de compensación que hace escapar"

"de toda pena al mismo provocador? Nosotros no somos de esta opinión," "Si aquél estaba regularmente inculpado, la injuria por él proferida, deberá ser castigada conforme al art. 471 que excusa solamente la provocación." "Todas las veces que haya una inculpación respectiva, el Juez si no puede reconocer de qué lado tuvo lugar la provocación, debe absolver á las partes, á menos que haya un cargo grave que tenga que perseguir conforme al art. 479."

El mismo Código Penal que nos rige tratando de injurias leves, dispone en su art. 662 la compensación de las injurias mútuas, que se hacen las personas que sostienen en una disputa, y si á esto se agrega la provocación empleada por la conducta de la Sra. Hidalgo para excitar el carácter de mi cliente, se tendrá demostrado que aún suponiendo sin conceder, que hubiesen tenido lugar las injurias á que hacen referencia los criados de la Sra. Hidalgo, no habría motivo legal alguno, para ampararse en aquellos hechos, á efecto de que se pudiera sostener esta causa de divorcio.

También en los autos encontramos otro motivo en el que se apoya la Sra. Hidalgo para pedir su divorcio. Me refiero al disgusto habido la noche del 4 de Agosto del año próximo pasado, en la casa núm. 34 de la calle de Ortega; y que con colores verdaderamente insostenibles, lo retratan y lo refieren los domésticos de la Sra. Hidalgo.

El Sr. Illanes estaba de sobremesa aquella noche en conversación con la señora su esposa, y queriendo hablarle del disgusto que le causaban las visitas de Don Rafael Icaza, y las preferencias que éste individuo recibía de la Sra. Hidalgo, se encendió una acalorada disputa, y la Sra. bajó á las habitaciones de la casa á despertar á los criados, formando un gran escándalo, y subiendo con ellos momentos después á acostarse en la recámara que le servía, y le sirve en la actualidad para velar su sueño.

Faltan á la verdad los criados cuando dicen que el Sr. Illanes echó á la Señora de su habitación, porque de dos cosas una sucede, ó ellos vieron el disgusto y entonces no es cierto que estaban dormidos, como lo aseguran en sus declaraciones, ó por el contrario, estaban dormidos, y ellos no pueden declarar sin decir cosa alguna de aquél disgusto.

Faltan también á la verdad al decir que el Sr. Illanes cerró las puertas de la habitación, porque en la vista de ojos manifesté y demos-

tré, que si hubiera cerrado la puerta del comedor por donde salió la Señora, no se podría abrir por afuera.

Esto tiene particular explicación, si se mira que en la pregunta 11ª del interrogatorio directo, la Sra. les pregunta, si es cierto que auxiliada de los criados y de la ama de servicio, volvió á entrar á su recámara por la puerta del comedor; y los criados responden en sus respectivas declaraciones, "que fué por el cuarto de las niñas Illanes," lugar enteramente distinto y diverso del indicado por la parte actora.

No seré Señor, el Abogado que venga á negar la existencia de aquél disgusto, pero tampoco seré la persona que acepte la culpabilidad del Sr. Illanes, porque siendo la Sra. Hidalgo la parte actora en este juicio, el art. 604 del Código de Procedimientos Civiles, le impone la obligación de demostrar que Illanes la despidió de la casa; y que en aquél disgusto hubo injurias graves de parte de mi cliente, y como este hecho no lo ha justificado, resulta necesariamente que su derecho no está probado.

Hubo en efecto Señor, una disputa entre los esposos; y al marido que mucho le ofendía las intimidades que la Sra. Hidalgo tenía con el Sr. Icaza, le vino á su voluntad prohibirle enérgicamente el que lo siguiera tratando, y la Sra. Hidalgo excitada por aquella prohibición, descendió á los bajos de la casa, diciendo que se iba á la calle, cosa que no cumplió, y volvió á subir con su escolta de criados, sin que el Sr. Illanes le estorbase el ingreso á su habitación, cosa que fácilmente pudo hacer con solo clausurar las puertas de la casa ó hacerse obedecer, imponiéndose á los criados que terciaban en una diferencia conyugal que nada les importaba; y si esto no lo hizo, fué porque no quiso expulsar á la Sra. Hidalgo como injustamente lo refiere en los autos la parte contraria.

Más adelante y cuando los desmanes de la Señora llegaron á su colmo, el Sr. Illanes se expulsó voluntariamente de la casa, antes que dar el ejemplo de arrojar de ella á la madre de sus hijos, hecho que bien pudo ejecutar con solo presentarse á la autoridad y solicitar el depósito de la Sra. Hidalgo.

Se inculpa también á mi cliente, de haber dado de golpes á la Srita. Guadalupe Illanes, queriendo hacerlo aparecer con este suceso, como un padre cruel que maltrataba á sus hijos.

Muy distinta ha sido la conducta del Sr. Illanes, para unos hijos á quienes ama con toda

su alma, y por cuyo porvenir hoy mismo sostiene este proceso que le avergüenza y le daña; pero por fortuna para el padre á quien defendiendo, no se señala más que un solo hecho de castigo empleado sobre sus cuatro hijos y por fortuna también para el Sr. Illanes, los mismos testigos que lo acriminan dicen, que fué justificado, pues castigó á la Srita. Guadalupe Illanes, por resistir ella el subir á las piezas altas de la azotea, en donde la esperaba la institutriz encargada de su educación.

Este cargo reconociéndolo en todas sus partes como cierto, ningún perjuicio trae á mi cliente, pues el art. 370 del Código Civil; le permite castigar á sus hijos de una manera templada y mesurada; y darle tres ó cuatro golpes á una niña que no le forman cardenal alguno, ni la hieren, ni la dañan de ninguna otra manera, era el ejercicio de un derecho y no el acto de crueldad que arbitrariamente se le atribuye á mi cliente por la parte contraria.

Contraste muy particular forma el castigo empleado por el Sr. Illanes en perjuicio de su hija Guadalupe para educarla; con la conducta de holganza y de paseo que les hace observar la Sra. Hidalgo, pues diversas personas han declarado en el Incidente de alimentos, que á las horas de estudio y á las horas en las que los hijos de esta familia deben de estar entregados á sus labores, se les halia paseando por las calles céntricas de México, como ha sucedido entre otras ocasiones, el día de la vista de ojos que se practicaron en la casa de Tacubaya y en la marcada con el núm. 34 de la calle de Ortega de esta capital; y en cuyo día á las tres y media de la tarde, la Sra. Hidalgo acompañada de sus hijos andaba por la calle de Manrique, y en la esquina de Santa Clara venía siguiéndola Don Rafael Icaza; suceso que no pone en buenas condiciones la conducta de la parte contraria (fojas 538 vuelta y 539 del cuaderno de prueba del Sr. Illanes.)

Por último, se ha dicho que mi cliente desmoralizaba á sus hijos diciéndoles, que el día que él faltase, el Sr. Icaza se casaría con la Sra. Hidalgo, y este hecho además de no ser cierto y contra el cual protesta el Sr. Illanes, porque jamás lo ha proferido, nunca le sería imputable, pues los mismos testigos apasionados que han declarado en favor de la parte contraria, nos vienen diciendo al contestar la repregunta núm. 22, que la causa de los disgustos era originada por las asíduas visitas que á la Sra. Hidalgo hacía Don Rafael Icaza.

Una madre de familia que se respeta, una

mujer que no quiere entoldar para siempre el porvenir de sus hijos con las oscuras sombras del divorcio; y una Señora que quiere conservar las atenciones de que está rodeada en sociedad, debió de haber obedecido á su marido en estas exigencias y apartar de su casa al hombre que le causaba tamaño mal; más la Sra. Hidalgo, conculcando sus deberes religiosos é infringiendo el art. 192 del Código Civil, desatendió las súplicas y las exigencias de su marido y á ello Señor, es debido la situación cruel y amarga que atravesamos en esta audiencia.

Si la Sra. Hidalgo no tenía relaciones con el Sr. Icaza, ninguna dificultad tenía para haberlo apartado de su lado; y si por el contrario las tenía, entonces es una mujer culpable, que merece lastar y sufrir las consecuencias de un divorcio.

Pero reservándome entrar en esta cuestión en su oportunidad, por ahora concluyo diciendo, que no habiendo habido ni sevicia, ni amenaza, ni injuria grave de parte de mi cliente, la causa de divorcio que analizamos, está destituida de todo fundamento y ella es insuficiente para dominar la cuestión práctica que es materia del debate.

IV.

Apoyándose en la fracción 9.ª del artículo 227 del Código Civil, se presenta la tercera causa de divorcio, fundada en la negativa del Sr. Illanes para dar alimentos á su Señora.

Los autos y la ley responden en favor del Sr. Illanes, pues al absolver las primeras posiciones que se le articularon á la Sra. Hidalgo, aparece que los productos actuales de la casa de la Perpétua, importan \$315.00 cs. trescientos quince pesos, y de esta suma ha dispuesto con entera libertad la parte contraria, antes de la separación de mi cliente, aumentada con otras cantidades que más adelante señalaré, y después de que aquel suceso tuvo lugar de solo la cantidad ya determinada.

De la manifestación que la Sra. Hidalgo presentó como prueba, y que obra á fojas 5 del cuaderno respectivo, aparece que la casa de la Perpétua produce la cantidad de \$340.00 cs. trescientos cuarenta pesos; y del documento de fojas 142 del cuaderno de pruebas del Sr. Illanes, resulta que los productos ascienden á \$347.00 cs. trescientos cuarenta y siete pesos, pues este es un documento reconocido por D. Rafael Icaza en su declaración, y el Sr. Icaza ha ejercitado el poder de la Sra. Hidalgo hasta

el 15 de Febrero del año próximo pasado, con autorización de su marido, y de esa época hasta el día, contra la voluntad de mi cliente.

Entre la confesión de la Sra. Hidalgo y los otros documentos traídos al juicio, tenemos que escoger éstos últimos, particularmente el que representa la manifestación á las contribuciones, que como auténtico, hace fe en juicio por sí solo, y sin necesidad de ulteriores diligencias.

Por su parte el Sr. Illanes ha recibido desde que se apartó de la casa conyugal \$75.00 cs. setenta y cinco pesos, réditos de un capital que reconoce á su favor la Sra. Josefa de la Peña de Zendrero, y antes de que estos sucesos tuvieran lugar, los percibía la Sra. Hidalgo, en favor de quien estaba endosado este capital, según lo acredita la constancia de fojas 157 vuelta y 158 del cuaderno de prueba de mi cliente.

Sumados los productos de los bienes conyugales, y calculando á la casa de la Perpétua una renta de \$340.00 cs. trescientos cuarenta pesos, y al capital de la Sra. Zendrero \$75.00 setenta y cinco pesos, dan un producto de ... \$415.00 cs. cuatrocientos quince pesos, de los cuales la mitad corresponden al Sr. Illanes, y la otra mitad á la Sra. Hidalgo, porque esto lo previene la fracción 7.ª del artículo 2008 del Código Civil.

Establecida esta base que se apoya en la ley, resulta necesariamente que el Sr. Illanes al regreso de Europa, daba para los gastos de la familia \$207.00 doscientos siete pesos mensuales, y despues que se practicaron las diligencias del depósito, solo apartó para sí \$75.00 cs. setenta y cinco pesos, dejando para la familia \$132.00 cs. ciento treinta y dos pesos mensuales, con lo cual está demostrado que no se ha negado á darle alimentos ni á la esposa que lo demanda, ni á los hijos que tienen la pena de ver zozobrar el matrimonio de sus padres en medio de quejas infundadas, como lo es entre otras, la que es materia de mi análisis.

Con lo expuesto no insistiría en decir más sobre este punto para resolver esta cuestión; pero como se han lanzado especies relativas al despilfarro del Sr. Illanes, y á su mala administración, me voy á remontar á otros tiempos y á especificar, que ni ha habido despilfarro, ni se han administrado mal los negocios concernientes á éste matrimonio.

En sus primeros tiempos, el Sr. Illanes sufragó todas las cargas de su matrimonio, y aunque los testigos Don Ricardo Valletto y D. Carlos Hidalgo, han venido á declarar que e

Sr. Lic. D. Miguel Hidalgo y Terán cubría aquellas obligaciones, el hecho de haberse colacionado solo á la Sra. Hidalgo cien pesos ... \$100.00 cs. en la partición que sufrieron los intereses de su padre, viene á comprobar, que mi cliente no necesitó de auxilio extraño, para cubrir y llenar sus obligaciones.

Más tarde, y al fallecer el Sr. Lic. D. Miguel Hidalgo, recibió la Sra. Doña. Guadalupe del propio apellido, en valores muertos que conserva en su poder, como fueron muebles, alhajas y créditos en contra del ferrocarril de Morelos, y de la mina de Santa Ana en el mineral del Chico, determinada suma que no ha sido materia de movimiento, y que permanece intacta en poder de la Sra. Hidalgo, de la misma manera que lo estaba por improductiva, en poder de su propio padre.

El capital vivo, que recibió la parte contraria, fué la casa de la Perpétua, que la conserva mejorada en su poder, y la casa del Salto del Agua que fué valuada en \$5,825.13 cs. cinco mil ochocientos veinticinco pesos trece centavos, que ha desaparecido de los bienes conyugales.

Por su parte mi cliente recibió \$20,000.00 cs. veinte mil pesos por herencia materna, y \$2,000.00 cs. de la sucesión de la Sra. Condesa de San Pedro, Doña Dolores Valdivieso de Valdivieso.

Le queda al Sr. Illanes un capital de ... \$10,000.00 cs. diez mil pesos, que le reconoce la Sra. Doña Josefa de la Peña de Zendrero, por consiguiente su pérdida asciende á la suma de \$12,000.00 cs. doce mil pesos, diferencia que se observa entre la cantidad recibida y aquella otra que conserva en su poder el Sr. Illanes.

Dije que la casa de la Perpétua fué mejorada, porque tanto por las respuestas que dió la Sra. Hidalgo á las primeras posiciones marcadas con los números 12 y 13, como por el valúo que el Ingeniero Don Vicente de P. Velasco hizo de aquella finca; y que corre agregado á fojas 103 y 104 del cuaderno de prueba de la parte contraria, se advierte que la parte interior de aquella finca, estaba en parte sin construir y hechas las construcciones que faltaban dieron á la finca un aumento de renta de \$132.00 cs. ciento treinta y dos pesos, que teniendo en cuenta lo edificado en tiempo del Sr. Lic. Don Miguel Hidalgo y Terán, y repartiendo por mitad este aumento entre ambos conyuges, da un resultado de \$66.00 sesenta

y seis pesos suma en la que prudencialmente se puede regular aquella mejora.

Ahora, bien, ¿si la señora perdió \$5,825.13 es. cinco mil ochocientos veinticinco pesos trece centavos con la venta de la casa del Salto del Agua, podremos creer y podremos decir con verdad, que sus bienes se han desmejorado, cuando el capital que se dice perdido, está fincado en las mejoras que recibió la casa de la Perpétua? Yo creo que no Señor, y por esta causa, rechazo con toda conciencia los ataques que por este capítulo se dirigen al Señor Lic. Illanes por la señora su esposa.

Respecto de la casa del Salto del Agua, también es necesario hablar. Ella era una finca vieja, que se mejoró con el capital de Illanes, y que dió por resultado el que se vendiera en la suma de \$10,000.00 es. diez mil pesos, cosa que no habría sucedido si hubiera quedado en el estado de ruina en la que estaba cuando mi cliente la recibió de la sucesión de D. Miguel Hidalgo y Terán.

El producto de esta finca, se empleó y gastó en comprar otra casa, situada en Tacubaya en la calle primera de Santiago número 364 A, finca, Señor, que comprada en \$10,000.00 es. diez mil pesos, fué vendida en \$13,000.00 es. trece mil pesos de los cuales recibió la Sra. Hidalgo \$500.00 es. quinientos pesos, según confesión de la misma en las primeras posiciones.

Ve pues, el Juzgado, que la Sra. no ha perdido cosa alguna de su haber, porque los . . . \$5,825.13 es. cinco mil ochocientos veinticinco pesos trece centavos, que era el precio de la casa del Salto del Agua, se encuentran empleados en las mejoras que obtuvo la casa número tres de la calle de la Perpétua, y los . . . \$12,000.00 es. doce mil pesos que faltaban de la casa de Tacubaya, son Señor, los mismos \$12,000.00 es. doce mil pesos que faltan en su patrimonio al Sr. D. Ignacio Illanes.

La distribución de la contidad que acabo de precisar bien fácil sería determinarla, pues encontramos desde luego en los autos y desde la foja 73 á la 137 del cuaderno de prueba de mi cliente, documentos que acusan un gasto de 14,998.60 es. catorce mil novecientos noventa y ocho francos sesenta céntimos, hecho por la Sra. Hidalgo en sus necesidades personales, en el corto espacio de quince meses que permaneció en París, y sin tomar en cuenta otros documentos que existen en poder de su marido y que harían ascender aquellos gastos á una nueva cantidad de respeto y consideración.

Cuando estos gastos los hacía la Sra. en Pa-

ris, el dinero tenía un recargo de treinta y siete por ciento, como precio de su situación; la cantidad referida reducida á pesos mexicanos, asciende á \$4,110.00 es. cuatro mil ciento diez pesos, que la Sra. gastó, vuelvo á decirlo, en exigencias del todo personales.

También, Señor, la casa del Salto del Agua tuvo que sufrir composturas de importancia. La diferencia de precio que ella tuvo entre los \$5,825.13 es. cinco mil ochocientos veinticinco pesos trece centavos, que se le fijan en los inventarios á los \$10,000.00 es. diez mil pesos en que fué vendida, da un exceso de . . . \$4,174.87 es. cuatro mil ciento setenta y cuatro pesos ochenta y siete centavos, que probablemente no habría alcanzado si el dinero del Sr. Illanes no hubiese ido á reconstruir la casa ya mencionada.

El viaje á París trajo un gasto para la familia de \$2,740.00 es. dos mil setecientos cuarenta pesos, y todas estas cantidades sumadas y reunidas á otras que detallaría el Sr. Illanes en caso de necesidad, darían y dan satisfacción completa de la pérdida de los \$12,000.00 es. doce mil pesos que se advierte faltan en el caudal que el Sr. Illanes recibió en la herencia de la Sra. Doña Dolores Arias de Illanes.

Hay más, las rentas de la casa de la Perpétua que eran de \$208.00 es. doscientos ocho pesos, subieron á \$340.00 es. trescientos cuarenta pesos; la casa del Salto del Agua valuada en \$5,825.13 es. cinco mil ochocientos veinticinco pesos trece centavos, fué vendida en \$10,000.00 es. diez mil pesos, y la casa de Tacubaya comprada en \$10,000.00 es. diez mil pesos fué enagenada en \$13,000.00 es. trece mil pesos.

Parece, pues, que ante datos aritméticos tan claros y tan precisos, la parte contraria debía cesar en sus alegaciones, pero lejos de guardar el silencio que guardaría una mujer prudente ante estos hechos; la Sra. Hidalgo se levanta airada y orgullosa sosteniendo que estos sucesos no son ciertos, y atribuye á mi cliente los vicios de holgazanería y juego, que ha tratado de probar en el curso de estos autos, y en los cuales sus esfuerzos se han estrellado ante la nulidad de sus pruebas.

Cuando las cuestiones se debaten ante la luz de la verdad y con el convencimiento que producen los hechos traídos al juicio, yo jamás me amilano con discutir las con profusión para poder entrar con la frente limpia en el terreno de la verdad.

Ha repetido la Sra. Hidalgo con bastante

empeño, que el Sr. Illanes no trabaja y su Señoría sufre al hacer esta apreciación una gran equivocación, confundiendo el hecho de no trabajar á trabajar sin remuneración, y en favor de sus allegados; confusión Señor, de por sí bien lamentable, y que en los labios de la Sra. Hidalgo no debía prosperar.

La parte contraria tiene un hermano residente en París hace varios y diversos años, con gustos bien pronunciados en contra del país que le vió nacer, apático y desarreglado en sus asuntos, y con obligaciones constituidas al lado de la mujer á quien está hoy unido en matrimonio.

Este caballero, abandonó sus negocios de México y constituyó su poder en beneficio de Don Ignacio Illanes, y aquel poder fué ejercido por mi cliente sin cobrar cantidad alguna por remuneración de sus trabajos, recibiendo como única recompensa las calumnias más groseras por los servicios que prestó á su hermano político.

Por fortuna para el Sr. Illanes, existen en los autos cartas de Don Miguel Hidalgo que demuestran su honradez, recordando entre otras la de fojas 177 del cuaderno de prueba del mismo Sr. Illanes, en la que le propone que se quede con la casa número 8 de la calle del Seminario de esta Ciudad por la suma de \$30,000.00 cs. treinta mil pesos, enviándole desde luego \$6,000.00 cs. seis mil pesos de contado, y pagándole el resto con una renta vitalicia de \$200.00 cs. doscientos pesos mensuales que debían cesar en los momentos en que el Sr. Hidalgo muriese.

Mi cliente en aquella época acababa de recibir los \$20,000.000 cs. veinte mil pesos de su herencia materna, y sabía que Don Miguel Hidalgo tenía y tiene una afección de corazón que le abreviaría su vida; y apesar de esta circunstancia no quiso aceptar aquel negocio, porque jamás le ha agrado explotar á los suyos; y entre los suyos contaba á los hermanos de su mujer.

Pero hay más, en carta que obra de fojas 445 á 447 del cuaderno de prueba del Sr. Illanes, el Sr. Hidalgo acepta y da las gracias por la administración que prestó Illanes en sus negocios, y á pesar de ello cuenta el Sr. Téllez Girón que no quedó satisfecho de aquella administración.

Yo recuerdo, Señor, que Lamartine en su viaje á Oriente, trae un cargo de recta aplicación á la conducta del Sr. Hidalgo para con el Sr. Illanes.

El laureado poeta á quien me refiero, encomiaba el gran cariño que los árabes tienen á sus caballos; y narra que habiendo llegado un italiano á aquellas comarcas, se enamoró de la hermosa figura de la yegua de un árabe de modesta fortuna.

Le presentó desde luego proposiciones seductoras de compra, y habiéndolas rechazado el árabe, se colocó el extranjero en un lugar solitario del camino que al diario recorría aquel hombre en su yegua favorita.

El extranjero, Señor, se fingió paralítico, y el árabe que tenía ascendrada la hermosa virtud de la caridad, se apeó de su yegua, lo montó en ella y lo quiere llevar á la ciudad más próxima, para que reciba los auxilios de la ciencia.

El italiano ya en posesión de la yegua, se voltea hácia aquel hombre filántropo y le dice: Mi enfermedad no es cierta, tú no me quisiste vender la yegua á buen precio, y hoy me la llevo porque haz caído en la asechanza que formé para quitarte este animal. El árabe queda estático y en su dolor al perder aquel animal, le dice con toda pena: "Detente hombre, lleva-" "te el animal que es todo mi tesoro, y que for-" "ma todo mi cariño, pero que el mundo no se-" "pa tu fea acción, porque la caridad recibirá" "un golpe de muerte, que yo quiero á todo" "trance evitar."

Yo podría, Señor, aplicar estas palabras al Sr. Hidalgo, pero queriendo ser pródigo en pruebas en este debate y escaso en personalidades, sin que por ello esté dispuesto á sufrir la menor falta de mis contrarios, sigo reseñando negocios en los que trabajó mi cliente en favor de la familia de su Señora, y en donde fué remunerado de la propia manera que lo ha sido por su hermano político el Sr. D. Miguel Hidalgo.

Era este caballero, tutor de sus hermanos menores, la Srita. Athenais y el Sr. D. Carlos Hidalgo, y como entre los bienes legados á la Srita. Athenais se encontraban \$815.00 cs, ochocientos quince pesos de honorarios que devengó el Sr. su padre como interventor del Supremo Gobierno en el ferrocarril de Morelos, al reclamarlos á la empresa, esta dijo que aquella suma se encontraba pagada.

La Srita. Athenais Hidalgo debía repetir en contra de todos sus coherederos, por la cantidad que en su hijuela le faltaba, y entónces se convino en que con los honorarios que Illanes había devengado en su tutela, se compensara aquella suma y se evitara de este modo el dis-

gusto que la menor iba á causar á todos y cada uno de sus hermanos, haciéndolos concurrir con sus haberes propios al pago de la suma que á ella le faltaba.

El conflicto se evitó, pero más tarde y en este juicio la Sra. Hidalgo que estaba al tanto de que aquel dinero había servido á ella y á todos sus hermanos para economizar disgustos de familia, ha venido á atacar á su marido trayendo al juicio de divorcio, cuestiones propias del juicio de tutela y haciendo nombrar contadores para que revisen la administración del Sr. Illanes.

Por fortuna, Señor, la carta que obra de la foja 261 á la 268 dirigida por mi cliente á Icaza y presentada por este testigo al declarar, demuestran la historia de este negocio; y por fortuna, Señor, el dictámen que emitió el corredor Cancino que obra á fojas 108 y 109 del cuaderno de prueba de la parte contraria, viene á demostrar la pureza con que el Sr. Illanes administró el patrimonio de la Srita. Athenais Hidalgo sin retribución alguna.

Lo propio debo decir de la tutela de Don Carlos Hidalgo, y como en todos estos negocios el Sr. Illanes devengaba honorarios y no los cobraba, resulta necesariamente que no es exacto lo que se dice de contrario para ultrajar la honra de mi cliente, pues el no cobrar su trabajo era cosa distinta á dejar de trabajar.

Lo mismo sucedió con los intereses de la Señora Hidalgo, ellos fueron administrados por el Señor Illanes en todo el tiempo del matrimonio y hasta los momentos de marchar para Europa; y aquellos asuntos que le encomendó el Señor Hidalgo y Terrán en vida, también fueron desempeñados á satisfacción; y si los emolumentos que ellos produjeron se gastaban por la Señora Hidalgo en fruslerías, como era entre otras, la compra de una alfombra que hizo la Señora cuando según ella misma, tenía que cubrir otras atenciones del matrimonio, esto no es de la responsabilidad de mi cliente quién se limitó á entregarle la suma alcanzada por su honesto trabajo.

Parece pues, Señor, que con sólo éstas consideraciones generales, quedaría desvanecido el cargo de mala administración, que se dirige en contra de mi cliente, y como ellos no están justificados en los autos, queda en mi concepto desvanecida la calumnia que se ha levantado al Señor Illanes para perjudicarlo en su honra y en su reputación.

La tutela de Don Carlos Hidalgo fué igual-

mente administrada sin remuneración de ninguna especie, por el Abogado á quién defendiendo en estos estrados; y la dirección de una casa que estaba en obra en Tacubaya y que pertenecía á Don José Icaza fué también dirigida por mi cliente sin estipendio de ninguna clase; y únicamente para compensar los servicios que hizo Don Rafael Icaza en la administración de los negocios del matrimonio durante su ausencia de ésta capital; así pues, las sumas de dinero que tanto los criados como el mismo Icaza dicen recibió el Señor Illanes del propio Señor Icaza, no eran otra cosa que las rayas que devengaba la obra de Tacubaya y que el Señor Illanes dirigía, por la amistad que por entónces lo unía con Don Rafael Icaza é Icaza.

Contraste bien diferente observó con mi cliente su propia familia, pues la Señora Doña Dolores Arias de Illanes que era propietaria de las haciendas de San Agustín en Atlixco y Canaleja y Buenavista en el valle de Toluca, teniendo necesidad de un gestor para que realizase los productos de aquellas fincas en ésta capital, encomendó á su hijo Don Ignacio Illanes de ésta operación; y á pesar de las obligaciones que su mismo hijo tenía para con aquella respetable Señora, ella le remuneraba su trabajo con un sueldo de \$112,00cs. ciento doce pesos mensuales.

Así lo han declarado los testigos Don Rafael y Don Joaquín Illanes, el Licenciado Don Joaquín Piña y Saviñón y los Señores Don Diego Macartney y Don Carlos Uhthoff al contestar la pregunta 19.ª del interrogatorio indirecto y la primera del directo que formuló el Señor Don Ignacio Illanes.

Algunos de éstos testigos han declarado que el Señor Illanes tenía con sus hermanos unos atajos de acémilas, que unido á los productos que le daba el sueldo que ganaba en los negocios de la Señora Arias, formaban un todo suficiente para sufragar las cargas de su matrimonio.

Vé pues el Juzgado, que por lo expuesto el Señor Illanes 'ni era un ocioso, como lo asegura hoy en el juicio la Señora Hidalgo, ni tampoco administró mal sus intereses, pero como ha dicho también que perdía fuertes cantidades en el juego y que ésto tenía lugar en el casino de Tacubaya; me basta recordar las declaraciones que á éste respecto han producido los testigos Don Luis Legorreta, Don Manuel Ruiz y Don Ricardo Z. Arena, al ser examinados en el Juzgado de aquella población para justificar que el único juego á que se dedica b

mi cliente en el Casino, era el tresillo con platos de veinticinco á cincuenta centavos; y en cuyo juego entretenía, como los entretienen muchos hombres honrados, las noches de ocio que se pasan en ciudades de poca población, como lo es Tacucaya entre nosotros.

La prueba que de contrario se ha rendido á este respecto, es verdaderamente de poco momento y de ninguna importancia, pues en la circunstancia de estar prohibidos los juegos públicos por la ley, los testigos de la parte contraria que han declarado á este respecto, quieren venir á constituir la fama pública que está muy lejos de llenar las prescripciones que para estos exige la ley para que se tome en consideración como una probanza que pueda aparejar algún derecho.

(Continuará.)

INSERCIONES.

DIVORCIO

Cuestiones de Estado Civil.

(CONCLUYE).

La testigo Guadalupe Jandaque reveló también haber presenciado malos tratamientos del esposo á la Sra. Hidalgo. Es un hecho que era violentada con demandas de dinero, y la testigo reproduce indecorosas frases que la pluma se resiste á estampar en este estudio, de las que el Sr. Illanes se valía para despojar á su señora del dinero de su gasto.

Que una noche fué expulsada la Sra. Hidalgo de las habitaciones, habiendo tenido necesidad de descender al patio en pos del auxilio de los criados: que en efecto, esa noche subieron y se encontraron las puertas clausuradas.

La testigo Juana Galván está acorde en lo sustancial con las declaraciones anteriores, y sostiene haber escuchado en una vez, en medio de los altercados y las voces, los clamores de las niñas que acudían en defensa de la madre.

Apolinar Buendía refirió dicerios injuriosos que la defensa no tiene el valor de reproducir en este instante. Declara que dormía entre el comedor y la cocina armado con un palo para intervenir en defensa de la esposa.

Francisco Villegas refiere que una vez oyó decir al Sr. Illanes á sus hijas, "que á quien debían

"pedir permiso para sus salidas, era á su padrastro Teaza." Afirma el testigo haber presenciado que el Sr. Illanes metió las manos en la cara de su esposa, y que desde entonces velaba para defenderla.

Por último, todos los testigos declararon de un modo uniforme y absoluto, que la Sra. Hidalgo es de un carácter dulce, suave y bondadoso, que hace un verdadero contraste con las violencias de que desgraciadamente ha sido víctima.

Todos esos testimonios son irrecusables, y al Sr. Illanes no le quedó más esperanza para conjurarlos que sostener que era imposible que desde la cocina se hubiesen escuchado frases que se suponen vertidas en el comedor. Esta objeción motivó una diligencia de inspección judicial solemne. Constituido el juez en el lugar de los sucesos, hizo más de un experimento sobre el eco de una voz en esas piezas. El resultado fué completamente satisfactorio. Desde la cocina se escuchan las frases que se dicen en el comedor, y son más preceptibles si se vierten en el calor de una disputa ó de un disgusto personal. Así lo hizo constar el Juzgado.

Tal es el cuadro probatorio cuya fuerza y cuya convicción hará temblar de pánico á nuestro adversario, con el peso de su fuerza abrumadora.

Al reflexionar nuestro criterio en presencia de ese verdadero catálogo de pruebas testimoniales, siente uno todo el poder de su sinceridad y su firmeza, y como si hubiese sido uno impalpable testigo de esas escenas tan deplorables, el convencimiento no tiene límites, y ya no puede uno dudar de que, en efecto, la felicidad huyó de ese hogar doméstico, y que la dignidad de la esposa ha sido herida con los dardos de las más injuriosas y deshonestas frases que lanzarse pueden al rostro de una mujer virtuosa y distinguida.

La certidumbre de la prueba de testigos ha aumentado sus fulgores con las confesiones del cónyuge culpable. A fojas 93 de nuestro cuaderno probatorio, está confeso el Sr. Illanes en que es cierto que una noche hubo en el seno de su matrimonio un terrible disgusto personal. Fué nada menos la vez en que la Sra. Hidalgo fué arrojada de las habitaciones de la casa, y cuando llena de pavor acudió á su servidumbre pidiéndole auxilio. En vano sostiene el Sr. Illanes que fué su esposa la que voluntariamente abandonó el lecho nupcial. Esto es inverosímil. Los sirvientes declararon que subieron y encontraron cerradas las puertas. Esto atestigua que la esposa fué expulsada y no obligada al abandono del lecho conyugal.

Ese episodio, el más alarmante de los que se han podido verificar en este matrimonio, nos da la medida de los ultrajes consumados. Desde ese momento faltó á la esposa seguridad personal: desde ese momento las violencias perdieron el carácter de injurias, para convertirse en atentados contra las garantías individuales, en verdaderas amenazas, y en fin, en un elemento de intranquilidad y de absoluta desconfianza.

Tiempo es ya de que hagamos las aplicaciones del derecho, ante hechos tan completamente probados.

La idea de *sevicia*, etimológicamente considerada, significa: *actos de crueldad*, pero estudiada en el terreno de la filosofía, no sólo significa malos tratamientos de obra, que puedan poner en peligro la vida de la mujer, sino las frecuentes amenazas acompañadas de injurias atroces, que suelen hacer en el corazón de una dama profundas heridas. Así lo dice el respetable Sr. Goyena en sus «Concordancias», al comentar el art. 76 del Código Español.

En efecto: de no entenderse la idea de *sevicia*, bajo el concepto de su significación filosófica, la veríamos consignada en el cuerpo de nuestras leyes como un precepto mudo, sin una significación positiva y sin ningún caso de aplicación. Sería necesario suponer un caso de tal depravación y de odio tan profundos, ó mejor dicho, un caso de tortura verdaderamente inquisitorial, para que la *sevicia* se manifestase con todos los horrores de su significación etimológica. Ese caso no se resolvería por un juicio de divorcio, sino por un cadalso.

Hé aquí porqué la filosofía ha menguado el rigorismo de la frase, habiendo publicista distinguido que sostiene que aún los malos tratamientos *leves*, inmotivados y continuos, significan la *sevicia*. Elizondo. Núm. 22, cap. 15, vol. 7.º

La jurisprudencia francesa ha seguido el mismo camino que se ha trazado el derecho español, consagrando en una serie de ejecutorias, que es suficiente para que la separación pueda ser pronunciada, que los hechos sean excesivamente graves, ó establezcan un sistema constante de vejación ó menosprecio: que no es necesario que el maltratamiento sea habitual, sino que basta que sean tan graves y de tal naturaleza aquellas vejaciones, que hagan temer á la esposa que ha sido víctima del atentado, sufrir otros más violentos en lo porvenir. (Daloz, Repertorio de Jurisprudencia, palabras "separación de cuerpos" Núms. 23 y siguientes).

En el Repertorio de Merlin, se encuentran reflexiones análogas, "Los pesares, las penas

y los dolores morales, deben colocarse hasta, "cierto punto en el mismo lugar que los malos tratamientos. ¿Qué importa en efecto que una "mujer sucumba, víctima de los efectos lentos "pero irresistibles del dolor que le causen los "ultrajes continuos de un marido que la odia, ó "que expire al esfuerzo de un golpe mortal?"— De la separación de cuerpos. —

Dado ese bosquejo de la jurisprudencia, no debe asombrar que haya incorporado la defensa, la *sevicia* y las *injurias graves* en este capítulo de su estudio, por los puntos de contacto que se observan entre una y otra causa, y por una especie de correlación que aparentemente las confunde.

No puede idearse un caso en que esas doctrinas tengan toda su aplicación y todo su desarrollo, con la oportunidad que nos ofrece este juicio de divorcio. Si se meditan en conjunto las declaraciones testimoniales que acabo de extractar, se sentirá que palpita en ellas, y en ellas se retrata, el grado de exaltación en que la Sra. Hidalgo vivió por largo tiempo, y de tal modo rodanda de temores y amenazas, que perdió su tranquilidad propia, manteniendo su seguridad individual en continuo sobresalto. Cuando se desciende hasta convertir la servidumbre de una casa en gendarmes que vigilen la seguridad de nuestra persona y nuestros bienes, es porque hemos tocado hasta los linderos del miedo y de la desesperación.

Tal así aconteció á la Sra. Hidalgo, y cuando á la confianza sustituimos el temor y el sobresalto, el vivir no ofrece ya ningún encanto, huyen los placeres, se desvanecen los afectos, sigue el reinado del dolor y el infortunio, y no hay otra aspiración ni otro sentimiento que el de afianzar y proteger nuestra seguridad individual. En circunstancias semejantes, la vida conyugal es imposible. No hay ley, ni doctrinas, ni instituciones que pudiesen arrastrar á los esposos á llevar esa vida miserable; se han roto los lazos, y la ley, y la razón, y la conciencia humana, consagran é imponen de consuno la separación de cuerpos.

Fácilmente se observa en la narración de estos acontecimientos, que no se trata de la verificación de un solo hecho acontecido en un instante de perturbación intelectual, ó en un momento irreflexivo, sino de una serie de excesos verdaderos, que física ó moralmente han ido á herir al cónyuge ofendido. Se trata, pues, de un verdadero caso de *sevicia*, que demanda el rigor de la ley y la aplicación de los principios teóricos.

Si separadamente examinamos como causa de divorcio las injurias proferidas, también se palpará la necesidad de pronunciarlo, siquiera fuese como en homenaje á la dignidad de la persona que ha sido ofendida.

Vibran todavía las indecorosas frases con que ha sido apostrofada. Cuanto la mujer posee de más sagrado, cuanto la dignifica y ennoblece, ha sido ultrajado por una frase indecorosa. No declamamos los defensores de la Sra. Hidalgo. Las hojas de este juicio encierran esa *injuria*, frase por frase, y cada una de ellas exige una vindicación ó una prueba concluyente.

Si la gravedad de la injuria está en razón directa de la gravedad de su atentado contra la honra ó la reputación, la sufrida por la Señora Illanes asume una gravedad de proporciones colosales. La ley no ha ideado un termómetro infalible para graduar la trascendencia de una injuria; es una cuestión de hecho; ¿pero qué termómetro mejor consultaremos que el del criterio racional, el del buen juicio del inteligente funcionario que está honrando con su intervención este debate? Si para apreciar exactamente las injurias debe el juez considerar no precisamente la condición social del injuriado, sino como dice el jurisconsulto Pothier, *su educación, sus sentimientos y sus costumbres sociales adquiridas* (Du contrat de mariage, n.º 599. Merlin, Répertoire, au mot Separation de corps, par. 1.º, n.º 3), calculemos con toda la imparcialidad de que nos juzguemos susceptibles, los estragos que debieron producir aquellas frases calumniosas al penetrar en el sagrario de una mujer esencialmente honorable y virtuosa.

El primero de los deberes que un hombre se impone al encadenarse con una mujer honrada, al darla su nombre y al fundar una familia, es el de guardarla el más profundo respeto. Esas consideraciones que el hombre tributa á la mujer que une su porvenir y su suerte con la suya, á semejanza de la fidelidad que se prometen y del amor que se juran en los altares, es de esencia del matrimonio. Faltar á ellas es lo mismo que violar uno de los deberes conyugales, y el jurisconsulto Laurent profesa esta teoría: "es grave la injuria que importa violación de deberes conyugales: es grave la injuria cuando hace imposible la vida común con el cónyuge ultrajado." (Ob. cit., tom. 3º, núm. 193).

La mujer que por su propio esposo es vituperada y deshonrada hasta el grado de sentir una injuria indecorosa, no puede ser condenada á la abnegación ó al sacrificio. El matrimonio es una institución, no es un martirio.

Para medir el carácter ofensivo de una *injuria* proferida entre esposos, no deben tenerse en consideración las reglas generales. Colocados por la ley y por la religión en una situación de profundo afecto y de íntima confianza que excitan de la manera más viva su sensibilidad, sería injusto, dice el Sr. Dalloz, que se usase de otro lenguaje que no fuese el de la sociedad conyugal. En consecuencia, hay injuria *cundo hay manifestación de un sentimiento contrario al que ha debido experimentar un cónyuge hacia el otro*.

No puede concebirse una paráfrasis mejor que la que sintetizan las palabras del elegante jurisconsulto francés.

Las frases injuriosas que hemos ido estudiando, aumentan su tipo repugnante á medida que va uno palpando lo inmotivado y lo gratuito de su origen. Si hubiesen sido provocadas, si un acto de indignidad ó de bajeza por parte de la esposa, hubiesen hecho estallar un corazón por largo tiempo comprimido, el ofensor no podría decirse vindicado; pero cuando menos su conducta no tendría ya el colorido negro y repugnante que ahora le advertimos. Cuando el marido se abandona á los excesos con su esposa, (dice Laurent) no puede excusarse con la provocación ó intemperancia de ella, porque aunque esas circunstancias atenúen su falta en el terreno de la moral de las acciones humanas, no por eso la vida común es menos imposible (loc. cit., núm. 214).

Las máximas del comentador francés son un fiel reflejo de las tradiciones del foro. En materia penal, la *compensación* es imposible. Una falta, una violación ó un atentado, no da derecho á las represalias. Cada infractor asume la responsabilidad que le corresponde. La noción del crimen es absoluta, y una atenuación no es un signo de inocencia.

Las huellas que una injuria indecorosa trazó ya en nuestra frente, no se desvanecen nunca.

Tal así sería la situación del cónyuge ofensor, que urgido y provocado, se entregase á excesos que hicieran imposible una vida conyugal; podría llegar á vindicarse; pero nunca á encadenar otra vez más al cónyuge ultrajado.

El Sr. Illanes no puede aspirar siquiera á presentarse en las condiciones favorables de ese caso hipotético. La ofensa está probada, pero no la provocación. Las actuales circunstancias justifican nuevamente la preferencia que hemos dado á las cuestiones de adulterio.

Recordemos el naufragio de las pruebas de esa injuriosa imputación. Las hemos visto rodar estrepitosamente en el campo de la filosofía y

del derecho. Hemos visto cómo se evaporaron y cómo se perdieron todos los indicios, todas las sospechas, y todo ese enjambre de las más quiméricas derivaciones, al más leve esfuerzo de nuestra razón y nuestro criterio, como se esparce una burbuja de jabón al más ligero impulso del aliento. Hemos visto ya cómo ese conjunto de circunstancias sin cohesión y sin correlación alguna, ha puesto en evidencia una acusación ideal y verdaderamente fantasmagórica, que sólo pudo generar un cerebro iluso, que cayó bajo el imperio de una especie de demencia, ó de un sueño febril que le hacía ver sombras impalpables en medio de la luz del sol.

Pues bien: si el adulterio se ha forjado para justificar todo aquel conjunto de violencias y de verdaderos atentados personales, y ahora descubrimos que fué creación intelectual y una verdadera sombra, las ofensas permanecen vivas, sin vindicación, respirando odio y violencia y pidiendo justicia á nuestros tribunales. No puede, en consecuencia, el Sr. Illanes, invocar circunstancias atenuantes: las heridas están frescas y en vano puede ocultarse la mano que las ha inferido.

No debo fatigar más la atención de la autoridad judicial. Bastantes reflexiones hemos ya presentado para poner en relieve, de la manera más perfecta y concluyente, que la Sra. Doña Guadalupe Hidalgo ha sido víctima de excesos por parte de su esposo, que revisten las proporciones de una *sevicia* en el sentido jurídico, moral y filosófico de la palabra: que ha sido víctima también de *injurias graves* que han lastimado rectamente los sentimientos, el honor y la reputación inmaculada de esa dama, y por último, que ya se estimen ambas causas separadamente, ó en su íntimo y natural consorcio, su gravedad y su injusticia han abierto un abismo sin término entre ella y el señor su esposo, haciendo moralmente imposible el renacimiento del amor y de los afectos que antes los ligaban.

La animadversión que respiran todas las acciones ejecutadas por el Sr. Illanes se acentúa en las actuaciones de este juicio, presentándonos un contraste desconsolador. Mientras la Sra. Hidalgo se ha mantenido en los linderos de las acciones deducidas, sin cambiar el programa de los cuestionarios que han sido propuestos y sin proferir una palabra ni escapar un solo concepto que lastimar pudiese la dignidad de su esposo, contemplamos á éste salvando las fronteras del debate y levantando una vez más su mano airada.

Habría ya advertido el respetable funcionario que benévolamente nos escucha, á qué nueva injuria se refieren esas últimas palabras. El Sr. Illanes ha dado á la espectación pública un episodio que no tiene el más mínimo enlace con la acción de divorcio que ha deducido en este juicio, que es completamente extraño á él, y tan extraño é inoportuno, que la sentencia no podría tocarlo sin provocar la censura de un tribunal de casación.

Ha intentado comprobar que la Sra. Doña Guadalupe Hidalgo abandonó el hogar paterno para celebrar su matrimonio, y ha procurado presentarnos ese episodio, que tocó los límites del sacrificio, que solamente pudo haber sido inspirado por los vivísimos afectos de una inclinación rayana en un culto verdadero, como un signo de inmoralidad ó de flaqueza imperdonable, que manchó la *virtud* que simboliza á una mujer casta y pudorosa.

Quien sea capaz de comprender la lucha que se empeña entre el sentimiento del deber y las inclinaciones provocadas por un amor casto que llega hasta sujetar al corazón de una dama á un verdadero cautiverio, será capaz también de medir las latitudes de esta nueva ofensa. Cuando se llega hasta la abnegación y al sacrificio á impulsos de un poder secreto que subyunga nuestra voluntad y ofusca nuestra mente, desaparece la libertad del alma, no hay responsabilidad y ningún corazón noble y levantado es capaz de arrojar un anatema.

La Sra. Hidalgo sucumbió en esa lucha gigantesca entre sus deberes filiales y las inclinaciones de su alma. No pudo conquistar el asentimiento de su Padre para encadenarse al hombre que tentó su corazón presentándole un cielo de ventura, y prefirió inconsciente, abandonarse en brazos del destino.

¿Por qué poner el filo del cuchillo sobre una acción más bien lamentable que digna de censura, más bien generosa que vituperable?

La Sra. Hidalgo no siguió al Sr. Illanes, sino después de prometerse su fidelidad en los altares, consagrando ante Dios y ante las leyes una unión honesta y permitida. Eran los momentos en que ni siquiera vislumbraba un punto negro en el horizonte de su dicha. El disenso mantenía cerradas las misteriosas puertas de un mundo ignoto, y se resolvió abrirlas con su mano. Así pudieron ambos subir á los dinteles de ese templo en que se depositan los arcanos de la felicidad humana.

En todo esto hay abnegación, hay ternura, hay sacrificio; pero sin salvarse los linderos de la moral, sin lanzarse un reto hacia los hombres

Descubrir las cenizas de ese fuego sagrado, y que sea el mismo esposo, por cuyo amor y cuyo afecto se hizo el sacrificio, quien con sus manos las remueva, para dejarlas caer como un signo de deshonor ó de flaqueza, es una acción que condenaremos todos los que mantengamos sentimientos de nobleza en nuestro pecho.

No negamos que el Sr. Illanes se ha visto apremiado á defenderse. Su esposa tomó la iniciativa, impulsada por consideraciones decisivas que en otro lugar dejamos ya apuntadas.

La defensa es un derecho; pero la defensa tiene sus fronteras, tiene limitados sus espacios por la acción deducida y por la excepción opuesta, por el decoro natural y por el respeto mutuo. La acción deducida revistió al Sr. Illanes del derecho á las represalias, ó el de demandar también por causa de adulterio, pero no le dió la facultad de aprovechar la oportunidad de esta contienda, para evaporar verdaderos secretos de familia, que no han debido salir del hogar doméstico, ni para reproducir imágenes que nada significan en el seno del debate.

El abandono del hogar paterno, no es un signo que explotarse pueda para demostrar un adulterio, que se supone cometido quince años después, no es un hecho que pueda hacerse figurar como una prueba. Si lo vemos figurar en la contienda, es como un simple testimonio de animadversión ó malevolencia, que lleva el censurable fin de avergonzar á la Sra. Hidalgo, presentándola *urbi et orbe* como un tipo de debilidad ó ligereza.

Semejante acción, lastima su dignidad personal, hiere á su delicadeza, y es una injuria verdadera, que dejará profundas huellas en su corazón.

Discutimos al Sr. Illanes el derecho de ofender la delicadeza de su esposa en el curso de esta instancia de divorcio.

La jurisprudencia francesa, que es la que encierra más tesoros en materia de divorcio, ha marcado ya el tono científico acerca de esta particular materia.

"Atendiendo (dice una ejecutoria que cita el "Sr. Dalloz en el lugar citado, núm. 35. § *Des injures*) á que uno de los cónyuges manifestó "el más profundo desprecio hacia el otro, difamándolo con la producción de pruebas (piezas), "que no estaban destinadas al debate . . . se decreta la separación . . ."

El caso es análogo. La prueba presentada por el Sr. Illanes no ha tenido más móvil que difamar á su esposa, aprovechando la oportunidad de esta instancia judicial. Para la cuestión

del adulterio no sólo es frívola, sino completamente extraña á la cuestión.

El respetable Sr. Laurent proclama esta máxima: "Cuando las injurias se profieren sin necesidad en un juicio de divorcio y ultrajan de tal manera que es imposible la vida común, pueden tomarse en consideración en la sentencia." (Loc. cit., núms. 191 y 227)

En el caso, figuran *las injurias* como causa de divorcio.

La conducta del Sr. Illanes cae pues bajo el imperio de la *actio* y de la *exceptio*, deducidas; los hechos toman la forma de *medios ó argumentos*; no hay *novación* y estamos correctos en nuestras conclusiones sin necesidad de pedir inspiración á las ejecutorias extranjeras.

IX.

FALTA DE MINISTRACION DE ALIMENTOS — ULTIMA CAUSA DE DIVORCIO.

Definir bien la extensión y límites de la obligación que tiene un marido de suministrar alimentos á su consorte, es empresa bien sencilla, en vista de la claridad que rebosan los preceptos de nuestras leyes positivas sobre esta materia del derecho. "El marido debe dar alimentos "á la mujer, aunque ésta no haya llevado bienes "al matrimonio."

"Los cónyuges, además de la obligación general que impone el matrimonio, tienen la de "darse alimentos en los casos de divorcio y "otros que señala la ley."

"La mujer que tiene bienes propios debe dar "al marido, cuando éste carece de aquellos y está impedido de trabajar."

"Solamente cesa la obligación de dar alimentos cuando el que la tiene carece de medios de "cumplirla." (Arts. 191, 193, 206 y 224 del Cód. Civ. vig., concordantes con prescripciones iguales del Cód. anterior.)

Puede afirmarse que esos preceptos encierran el *sylabus* de la ciencia y de la legislación en una materia sobre que legisló ya otra ley eterna é inmutable, la ley natural y la conciencia humana.

Fijemos bien la atención sobre los preceptos del Código, cuando la mujer posee bienes de fortuna al celebrar su enlace. La ley establece que esa circunstancia no exonera al marido del deber de trabajar para alimentar á su esposa.

Los autores del Cód. Civ. de 1870 declararon que al establecer ese mandato fué con el objeto de hacer advertir al marido de una mujer rica, que tiene obligación de trabajar, y que la sola

pobreza no le autoriza para vivir á expensas de su consorte. (Parte expositiva, pág. 14.)

Evocados esos antecedentes de la legislación, sin esfuerzos se analiza la posición asumida por el Sr. Illanes durante el matrimonio en el delicadísimo punto de intereses.

No es nuestro ánimo hacer una biografía del Sr. Illanes bajo el aspecto financiero de sus obligaciones conyugales. Hemos prometido conducirnos noblemente y deseamos cumplir esa promesa, segregando cuanto importar pudiese una alusión ó una sátira molesta.

Segreguemos, pues, ese primer período de su vida conyugal en que ni él ni su esposa poseían bienes patrimoniales, en el que equilibraban sus presupuestos con los auxilios que manaban de la mano providente de sus padres, y en cuyo período, el más adverso sin duda en materia monetaria, pero quizá el más feliz de su vida conyugal, relativamente á los afectos, el Sr. Illanes cooperaba con mucho ó con poco, y como podía, según su gráfica expresión, al sostenimiento de las luchas por la vida.

Comenzaremos, pues, examinando el segundo período de su vida matrimonial, en que adquirieron la Sra. Hidalgo primero, y él después, bienes provenientes de la herencia de sus progenitores.

Mucho atestiguan las pruebas rendidas con relación á ese período de administración de los bienes conyugales; pero como no se trata de un divorcio por causa de *disipación de bienes*; sería causar bochornos sin objeto hacer una especie de *juicio de residencia* contra el administrador común de esos valiosos intereses.

Pero, aunque no intentamos formar ese proceso, sí debemos observar que el rasgo dominante en ese nuevo período de administración, es el de un constante desconcierto entre los ingresos y los egresos de la sociedad, bajo el régimen de la comunidad de bienes. Cada mes, al menos en los últimos años, había un saldo deudor, y este saldo creció hasta convertirse en un crédito cuantioso que reclamó el sacrificio de una finca de la Sra. Hidalgo para poder ser satisfecho. Este es el origen de la deuda contraída á favor del Sr. D. José Icaza, con la mediación de su hermano D. Rafael.

No puede decirse que fué el lujo (dando á la palabra su completa significación) lo que explica ese desastre. Los esposos aspiraron á gozar de ciertas comodidades de la vida de *confort*, al uso de un carruaje, y á emprender un viaje al extranjero, que demandó también algunos anticipos.

No perdamos el tiempo en averiguar quién fué el que inspiró la idea de ese viaje de recreo. Es un hecho que ambos lo emprendieron, y esto sustrae á la investigación todo su interés.

En todo esto se palpa *debilidad* en la Sra. Hidalgo, muy natural en su sexo, que no le dió valor para oponerse con la energía que era necesaria, al desequilibrio de la administración de los bienes sociales.

Mas lo que sí debe desempeñar un papel decisivo en este último estudio, es la parte que correspondió al Sr. Illanes en esa cadena de compromisos monetarios, por no haber cooperado á las expensas con el fruto de un trabajo personal. Su inacción es un hecho público y perfectamente revelado en estos autos. Ayudaba á consumir, pero no creaba recursos, ni con su honrosa profesión, ni de alguna otra manera. Pero fijémonos de preferencia en el último período de su vida matrimonial, que comienza, podemos afirmarlo, desde el día 16 de Febrero de 1892, fecha en la cual la Sra. Hidalgo, renunciando los derechos que la daba una escritura de cesión, devolvió á su esposo la propiedad de un título hipotecario sobre una casa situada en el callejón de Talavera núm. 7½, por la suma de \$10,000, cifra á que estaba reducida la herencia materna recibida por el Sr. Illanes.

Esa fecha y esa escritura, marcan muy bien el período conyugal de que vamos á ocuparnos, y en cuyo espacio de tiempo va á mirarse como en relieve el indiferentismo más absoluto cometido por el Sr. Illanes en la gravísima cuestión de los alimentos debidos á su esposa.

Mientras esa escritura hipotecaria estuvo en nombre de la Sra. Hidalgo, su esposo, desprovisto aparentemente de capital, podía burlar los preceptos de la ley positiva, exhibiéndose como un hombre de fortuna adversa, pero no como un enemigo del trabajo y sin actividad individual; pero desde que readquirió ese título hipotecario que reditúa \$75 al mes. no hay evasiva, no hay subterfugio, no hay, en fin, ningún recurso que pueda presentarnos para demostrar que estaba desprovisto de elementos.

Desde esa fecha, el Sr. Illanes ha estado obligado á contribuir con los frutos de ese capital al sostenimiento de la familia. Su profesión habrá continuado siéndole ingrata, su trabajo personal improductivo, y finalmente, habrá continuado viviendo sin estrella y sin fortuna, pero el usufructo de su capital no le ha faltado un solo instante. Y sin embargo, ni un solo peso ha dado ni querido d para cubrir los presu-

puestos de su casa, ni antes, ni después del juicio de divorcio.

Su obligación ha estado viva, antes como después del abandono del domicilio conyugal, como después de seguida esta instancia de divorcio. El artículo 244 del Código Civil consagra esa obligación, y el 231 declara unidos á los cónyuges que no están legalmente divorciados, para todos los efectos legales.

El Sr. Illanes está convicto y confeso sobre el valor de los presupuestos de la familia, así como lo está en que las rentas de la casa de la Perpetua no alcanzan para cubrirlos.

Por alimentos se entiende todo lo que es necesario para la vida: la manutención, la habitación y el vestido, y para establecer su extensión y proporciones, figuran como factores el sexo, la edad y la posición social de la persona que tiene derecho de reclamarlos.

Si esa persona tiene algunos bienes, pero son insuficientes sus frutos para satisfacer sus alimentos, tiene derecho incontestable para reclamarlos. Sería necesario que enajenase sus propiedades ó que las gravase, si no tuviese facultad de pedir que fuesen integrados por el dador alimentario, para equilibrar sus presupuestos; pero ninguna ley exige semejantes sacrificios "*in materia alimentorum, non est alienanda proprietas*," dice el jurisconsulto Dumoulin.

Lo está también en que intervino en el contrato de arrendamiento de la finca de Ortega, de que fué fiador el Sr. Icaza. En pocas palabras: sabía el Sr. Illanes que el presupuesto continuó excediendo al valor de los productos de la casa de la Perpetua; único inmueble de su esposa salvado del naufragio, y eso no obstante, no se ha esforzado ni mucho ni poco por cubrirlo. Consumiendo los intereses de su capital propio en su provecho individual, está siendo testigo de la situación de su familia, está mirando que cada mes se contrae un nuevo adendo, y con un estoicismo digno de mejor causa; y con una impavidez admirable, contempla impertérrito la consunción de los bienes que deben afianzar el porvenir de sus hijos, sin acudir á su socorro, sin llevarles un óbolo siquiera para sufragar los gastos.

El Sr. Illanes no ha tenido valor de discutir esos deberes impuestos por Dios antes que las leyes, y supone vindicarse con decir que una vez envió sesenta pesos, pero que no se permitió la entrada al portador de ellos. Pero es el caso que no ha rendido ninguna prueba que justifique ese hecho, que pudo haber sucedido una vez, pero no siempre, en el largo espacio que esta-

mos recorriendo. La ministración de alimentos es un *hecho positivo*. Quien sostiene haber llenado ese deber, *afirma* un hecho, y la prueba pertenece al que afirma, no al que niega, según la filosofía de nuestros principios teóricos.

El envío de esa suma es una *defensa*, una excepción, un subterfugio, aunque vago é infinitesimal, dadas las proporciones de esa obligación periódica y constante, pero debió probarse y no se ha hecho. La responsabilidad permanece, pues, con toda la enormidad de sus proporciones naturales.

Rindiendo culto á la verdad, lo cierto es que se traduce un indiferentismo glacial y una especie de resolución irrevocable de no seguir prestando aquellos alimentos.

Al contemplar que habitó algún tiempo en el domicilio conyugal sin preocuparse por la renta, al contemplar que su misma esposa sufragó los gastos de una traslación de domicilio, sin que hasta hoy conozca su marido de donde provenía esa cantidad, según él mismo lo asegura en este juicio; al presenciar, en fin, que el Sr. Illanes ignoraba hasta el número de sus sirvientes y los sueldos que ganaban, no puede uno menos que maravillarse de esa impavidez que sobrepuja al más puro estoicismo, para llegar hasta lo hiperbólico, hasta lo heroico... no puede uno menos que mirar estupefacto ese bajel que conduce á la Sra. Hidalgo y á sus hijos por el sendero de la vida, hundirse por momentos, sin que el piloto encargado de llevarlo esté en su sitio manobrando para salvarlo del naufragio...

No hay duda alguna. El Sr. Illanes no ha cumplido con la sagrada obligación de alimentar, vestir y educar á su familia á sus expensas; personales. Ni ha cumplido ni quiere cumplir aún. Supone que una reducción de gastos salvaría la crisis (natural es que eso deberá hacerse) pero al invocar ese recurso, como el supremo esfuerzo que su situación le ha sugerido, claramente dice, y con una sangre fría que hiela nuestras venas, que no es de su trabajo personal de donde deben esperarse los auxilios que hubieran de salvar á la nave de un siniestro.....

Doy término á este estudio más que difícil, penoso, delicado y resbaladizo. Creo haber reducido la demanda reconventional al polvo de la nada de que fué hecha, y creo haber formado en el seno de la autoridad civil, una convicción sincera sobre la certidumbre de las causas invocadas por la Sra. Hidalgo, para conquistar una separación que salve á ella, á sus hijos y á sus bienes, de un porvenir oscuro y sombrío.

El funcionario que nos escucha no debe olvidar ninguna de nuestras reflexiones filosóficas sobre cada una de las circunstancias que con los honores de una *prueba conjetural* nos presenta el adversario; que las visitas que el Sr. Icaza hizo en el domicilio conyugal, jamás fueron secretas sino realizadas á plena luz, casi siempre en presencia del Sr. Illanes y *siempre* á la vista de sus hijos, de su servidumbre y con una publicidad perfecta.

Si alguna vez no estuvo ahí el esposo, fué porque no tuvo voluntad, ó porque la confianza que su esposa le inspiraba no le imponía ningunas precauciones. No hay una prueba, una sola, que atestigüe que alguna vez se hallaron solos los supuestos ofensores, en una habitación cerrada.

Contra nuestros propósitos, tal vez alguna alusión se ha escapado de nuestros labios, pero no ha sido intencional y con gusto la retiramos del debate. La actitud caballeresca del respetable Sr. Lombardo y el infortunio de su cliente, son muy dignos de esa satisfacción que anticipadamente hacemos.

Réstanos tan sólo pedir al Sr. Juez 5.º de lo Civil, como corolario de todas nuestras reflexiones, que se sirva fallar este juicio, resolviendo 1.º que la demanda reconventional no está probada, y 2.º que es de decretarse la separación de cuerpos por las causas invocadas en el escrito de demanda, con todas sus consecuencias legales, y muy particularmente definiendo que la patria potestad sobre los hijos y la administración de bienes, pertenecen de derecho al cónyuge inocente. Así procede en el terreno filosófico y jurídico, y así pido que se resuelva en esta instancia.

México, Abril 3 de 1893.

LIC. JOAQUÍN SALAZAR Y MURPHY.

LIC. FERNANDO VEGA.

SECCION BIBLIOGRAFICA.

Tratado del Dolo y del Fraude, por J. Bedarride, abogado en la Corte Imperial d'Aix, antiguo decano de la Orden de los abogados de París, Miembro correspondiente de la Academia de Legislación de Tolosa.—Última edición revisada y puesta al corriente de la doctrina y de la jurisprudencia.—4 tomos.—De venta al precio de 18 pesos en la Librería Francesa de N. Budin Sucesor, 2.ª San Francisco número 2.

A los Tribunales corresponde el cuidado de decidir soberanamente las cuestiones de dolo, de fraude ó de simulación que suscitan los procesos; el Magistrado, en esta materia, no tiene otra guía que seguir fuera de su conciencia, que por sí sola debe guiarle en el laberinto de los esfuerzos que hacen las gentes de mala fé para triunfar de la voluntad de la ley y burlar la zagacidad de la justicia. Sin embargo, como lo nota Bedarride, hay nociones que el Juez no debememos preciar, aun obedeciendo á las inspiraciones de su conciencia. No basta que una causa sea equitativa, porque debe ser además aceptada por el derecho. Iluminar los principios, proponerlos con claridad y deducir con lógica sus consecuencias, será siempre hacer una obra útil, porque con tal sistema se ofrecen bases legales para la soberana apreciación judicial. Es el objeto que se ha propuesto realizar Bedarride en la obra que anunciamos. La materia era muy difícil de ser tratada, pues toca á todas las partes del derecho, y no había sido explorada de una manera especial antes del abogado d'Aix, sino por Chardón, cuya obra tiempo há, apenas se consulta. Bedarride, autor de un tratado notabilísimo sobre las *quiebras*, se halló en condiciones inmejorables para formar un buen libro sobre el dolo y el fraude. Él pertenece á esa clase de autores que han hecho del derecho un estudio serio y teórico, y que han adquirido además por una concienzuda práctica de los negocios, los conocimientos indispensables para que sus trabajos sean realmente útiles á todos.

Nos es imposible dar á conocer en todos sus detalles la obra que anunciamos. He aquí su cuadro: el dolo constituye la materia del primer tomo. Después de haberlo definido determina sus caracteres, estudia sus diferentes especies, indica sus pruebas é investiga los efectos del dolo en los contratos, en el matrimonio, en las donaciones y testamentos y en los juicios; se termina el volumen estudiando las excepciones contra la acción. El segundo tomo tiene por objeto el fraude. Después de algunas observaciones generales y de la exposición de la teoría sobre lo que el autor llama *fraude presunto*, se indican los modos de prueba del fraude y se estudian sucesivamente los fraudes en los matrimonios, las particiones, la venta y el cambio, el arrendamiento, las sociedades, los préstamos y el mandato. En el tercero y cuarto tomos, se trata de las *simulaciones* cuyo comentario es dividido en cuatro capítulos: en el primero se trata de la simulación pura y simple del contrato; en el segundo, del fraude concertado contra la ley; en el tercero, del fraude contra terceros; en este capítulo que es el más extenso, se estudian el origen, la naturaleza y el carácter de la acción, la condición de ésta, la prueba y los actos á que se aplica; en fin, el cuarto capítulo tiene por objeto el estudio de las excepciones contra la acción.